

El obsequio navideño

Angélica Rivas

Estaba sentado junto a la cama, pensando que ese día era Navidad y que nuestra familia pasaría esta época tan bonita separada. “Papi, ¿por qué apagaron la luz?”, Erika me tomó de la mano mientras preguntaba tranquila. Al momento regresé de mis pensamientos y me sorprendió su pregunta, pues la luz seguía prendida. “Mija, ¿qué pasa, no ves?” “No papi, está oscuro, no veo nada”. Al instante, ella se alarmó aunque no lloró. Mi esposa y yo, inmensamente afligidos, llamamos desesperados al doctor. Los exámenes determinaron que Erika había perdido la vista debido a que el nuevo tratamiento le había causado inflamación en el cerebro.

La pérdida de la vista abriría paso a lo peor. Hacía meses que mi hija pequeña, de tan sólo cinco años, luchaba contra la leucemia. Tratamos de calmarla diciéndole que lo de la vista sería momentáneo. Esa tarde comenzó a decaer su salud. Los doctores creían que la enfermedad progresaba agresivamente. Con gran dolor e impotencia, contenía las lágrimas; tenía que ser la fuerza que mantuviera a mi esposa.

Fue entonces que decidí salir a caminar para que sin ellas yo pudiera sacar mi profundo dolor. Caminé al parque que estaba frente al hospital. Torpemente me senté en una banca; sentí que me deshacía por dentro. Por un momento no hice más que llorar y reprochar a Dios. “¿Por qué tenía que ser mi hija, tan pequeña e inocente, la que sufriera y no yo?” Se acercó un viejito que amablemente me saludó y se sentó a mi lado. Comenzamos a platicar, y me aconsejó entregársela a Dios. Simplemente, decirle que yo aceptaba la decisión que él tomara con ella. “Tenga fe, mucha fe”, decía.

Esa noche volví al hospital, la tomé entre mis brazos, e hice lo único que yo podía hacer. “Dios, aquí está mi hija, la pongo en tus manos. Si tú decides llevártela, yo lo voy a aceptar y me resignaré, pero si me la dejas, que ya no sufra más”. Lloré amargamente, porque en el fondo, yo ya esperaba lo peor.

Milagrosamente, horas después, ella recobraba la vista y mejoraba poco a poco. Mientras tanto, yo sentía que la fe me inundaba el alma. Erika logró vencer el cáncer y cada año recuerdo esta historia junto a mis hijos. Estoy agradecido ya que Dios me dio el obsequio más grande, la oportunidad de vida para mi hija y el poder pasar la Navidad con mi familia unida cada año.